

á Terry al extranjero en los meses caniculares. Mientras el novio despachaba en París y Londres sus asuntos, sin olvidar las compras indispensables para la boda, todo ello proporcionado á su riqueza y exquisito gusto, la novia, en sus posesiones de la Mancha, trabajaría en el ajuar, que debía ser combinación feliz de la modestia y la elegancia.

### XXIII

Quería Nuestro Señor poner á prueba la gran virtud y sublime paciencia de Doña Leandra, privándola de ver los campos manchegos, porque transcurrido el plazo de un mes que se había fijado para emprender el viaje, surgieron nuevas dificultades y entorpecimientos. Quebrantaba la salud de D. Bruno una irritación al hígado, que á más de producirle inapetencia mortal, le ocasionaba tristeza y molestias crueles. Era una razón más para largarse; pero el buen señor, lejos de sentir impaciencia, mostrábase cada día más perezoso y alegaba ocupaciones inopinadas. Veinte veces habían hecho y deshecho los equipajes la hija y la madre, engañando su anhelo con estos trajines, hasta que una mañana volvió D. Bruno á pro-

poner á su esposa que partiera con Lea, dejándole á él en Madrid con los chicos y Eufrasia. Poco le faltó á la señora para caer con un síncope; tales fueron el desagrado y estupor de semejante propuesta; y después de muchas lágrimas y suspiros, hija y madre declararon, la mano puesta sobre los respectivos corazones, que á pesar de sus vehementísimas ganas de ponerse en camino, no lo harían dejando al padre y esposo amagado de cruel enfermedad, la cual requería más que otra alguna la medicina de los aires natales. Pareció flaquear el ánimo del manchego con estas manifestaciones, y pidió dos días más para decidirse, sin dar á conocer los motivos de su inercia ni los negocios cuya tramitación y arreglo le amarraban á Madrid. Llegado el término fijado para partir ó explicarse claramente, encerróse D. Bruno con su esposa en el despacho, y se franqueó en los términos que puntualmente se transcriben:

«Vaya, mujer, para que no te devanes los sesos cavilando en los motivos de que yo no tenga prisa por irme con vosotras, voy á poner en tu conocimiento cosas reservadísimas, á condición de que me guardarás el secreto, pase lo que pase y venga lo que viniere.»

Tanto se asustó Doña Leandra con este exordio, que hubo de llevarse las manos á la frente



viendo venir una noticia muy mala; mas no le dió tiempo Carrasco á formular pregunta ni queja, anticipándose á la curiosidad de su mujer con estas razones: «Bien sabes tú mejor que nadie que un hombre de arraigo se debe á la patria, á los grandes principios...

—¡Ay, ay, ay, Bruno mío!—exclamó la pobre mujer tranquilizándose.—Me habías asustado, hijo... Y ahora salimos que ello es cosa de política. ¡Vaya una simpleza! ¿Y qué tenemos nosotros que ver con la muy puerca política?

—Espérate un poco.

—¡Pero tú has perdido el juicio por lo que veol ¡Que un hombre se debe á su patria! Claro que sí; pero primero se debe á su familia, á sus hijos, á su salud.

—Según y conforme; y tales pueden ser los males de la Nación, que no pueda librarse el buen ciudadano de acudir á ellos antes que á los suyos y á sí mismo. Ejemplo, lo que pasó en la antigüedad, en tiempos de... No recuerdo el nombre de aquél que mandó á sus hijos á perecer... En fin, sea como quiera, yo estoy obligado á prestar mi ayuda á los que intentarán salvarnos de esta ignominia despótica. Habrás visto que el país está perdido.

—Perdido, tan perdido hoy como ayer, y como mañana, si os descolgáis vosotros con otra

revolución. Pero dime, desventurado: ¿has vuelto al rebaño del *Progreso*; te has limpiado ya de la nota *cangrejal*, como decís en vuestro lenguaje, que parece de presidiarios? Porque los del partido de Milagro te habían puesto el sambenito...

—Ya nos hemos reconciliado; ya los que fuimos víctimas de un error, hemos vuelto al sacrosanto redil de la Libertad.

—Dios nos tenga de su mano.

—Y reunidos varios amigos, que no hay para qué nombrar, hemos acordado mancomunar nos para echarle la zancadilla al despotismo... Mujer, no te asustes... ¿Crees que lo intentaríamos sin contar, como contamos ya, con algunos individuos de nuestro valiente ejército...? Porque digan lo que quieran, Leandra, el ejército español ha sido siempre liberal; el ejército español ha sido el primero en sustentar la soberanía nacional; el ejército español ama al Duque de la Victoria, y si engañado un día por cuatro pillos, pudo hacer lo que hizo, ahora... ahora...

—Bruno, quisiera reirme, y la risa se me convierte en llanto, y las burlas en ira contra tí y toda esa recua de mentecatos que no sueñan más que con trifulcas: esos son los Milagros y Centuriones, que por pescar el pececillo de



un destinejo son capaces de secar un río si pueden; y por coger la fruta de un árbol le dan por el tronco... Según veo, Bruno de mi alma, te has metido á conspirar. ¡Bonita cosa! Estamos como queremos. Pero dí: ¿el pescuezo no te huele á cañamo? ¿No temes que tus hijitos se queden sin padre? Ya ves... ¿cómo quieres que yo me vaya tranquila? Esto no puede ser... Aquí me planto, aquí moriremos todos, viéndote metido en esas mojigangas. ¡El Señor tenga piedad de esta pobre familia!»

No impresionó á Carrasco la aficción de su cara esposa tanto como debía, porque confiaba en la eficacia lógica de lo mucho y bueno que aún tenía que decir... «No te aturrulles, mujer —prosiguió sin descanso,— que oyéndome algo más podrá ser que cambien por completo tus pareceres. Para quitarte el susto, sabrás que mi conspirar no es de los que traen peligro, pues no soy yo de los que llevan el hilo con nuestros emigrados, ni me toca el tratar secretamente con los oficiales y sargentos que han de pronunciarse. No sirvo para esto; ni mi figura ni mi carácter son para obra de tapujo, en que tenga yo que disfrazarme y andar, ya por los desagües y alcantarillas, ya por los tejados, burlando á la policía. No: no me den á mí ese trabajo. Para que lo entiendas de una vez, mujer, te

diré con la mayor reserva que el partido... —Pero si tú me dijiste que ya no hay partido; que los que llamáis *corofeos* están por extranjis, y aquí sólo quedan unos caballeros que son la *ojalatería* de la Libertad y no hacen más que decir *ojalá, ojalá...* preguntando cuándo viene el Duque. Y ese Duque vendrá el día en que yo sepa hablar inglés, ó en que me salgan pelos en el cielo de la boca...

—Déjame acabar... Decía que el partido, pues partido hay otra vez, los de acá en perfecto acuerdo con los de allá, y todos en relación con Londres, ha determinado tomar cartas en el asunto del casamiento, rechazando las candidaturas corrientes de Trápani, Coburgo, Montemolín, D. Francisco, y apoyando con todas sus fuerzas la del Infante liberal D. Enrique.»

Una cuarta de boca abrió Doña Leandra, y D. Bruno, teniendo por satisfactoria tal demostración de asombro, dijo: «De seguro piensas, como yo, que este candidato es el mejor, el candidato verdaderamente patriótico, dada la ilustración del Príncipe y el amor que ha demostrado á nuestras ideas.

—No sólo creo que no es el mejor—afirmó Doña Leandra,—sino que te sostengo y te apuesto lo que quieras á que ese no cuaja.

—¿Por qué?



—Porque no le tragan en Palacio, porque reniegan de él, motivado á que echó un manifiesto ensalzando el liberalismo.

—Pues por eso, bruta, por eso.

—La Reina Madre no le puede ver ni en pintura.

—¿Qué importa que no guste á la madre si gusta á la hija, y de ello hay pruebas, Leandra?

—Si, como dices, á la niña gusta, ya se lo quitarán de la cabeza. Una madre despabilada, como es Doña Cristina, quita y pone en las almas de sus hijas lo que quiere... Y así como te digo que en Palacio no le tragan, también aseguro que no le tragan las Potencias.

—¿Tú qué sabes de potencias?—indicó Don Bruno desdeñoso y enfático.—¿Has hablado con la Francia, con la Inglaterra?... ¿Crees que tu amiga Cristeta posee los secretos del *Gabinete de San James* y del *Gabinete de las Tullerías*?

—Yo no sé lo que son esos gabinetes ni esas alcobas de *Tullerías* ó del Infierno; sí sé que Cristeta está bien enteradita, como quien día y noche tiene metidos los morros en todo el secreteo de Palacio, y lo que ella cuenta óyelo como el mismo Evangelio... Y vamos á ver, ahora que crees estar en autos: ¿qué potencias terrenales apoyan á ese D. Enrique?

—Pues la que menos lo parece, Francia.

—Déjame que me ría, Bruno. Eres un alcornoque. ¿Con que Francia?... Anda, vete al *Musé* ese, conde de no sé qué, y pregúntale por la cara que puso el Rey D. Luis Felipe cuando le hablaron de D. Enrique.

—Francia digo; que hay allá un partido *democratista* que apoya nuestro candidato, y el Rey, con más miedo que vergüenza, no ha tenido otro remedio que hocicar... Dile á Cristeta que se vaya con sus cuentos al Nuncio... Precisamente, querida Leandra, los que acá trabajamos el negocio estamos ahora en relación con personajes muy encopetados de París y de Londres, los cuales nos tienen al corriente de lo que en aquellas cortes se piensa y se dice. No quiero extenderme en esto, no vaya á escapársete alguna indiscreción, y me comprometas... Lo único que te digo es que quieren á D. Enrique para marido de la Reina la Libertad y el Progresismo, parte del Ejército, la Marina y un poco de Clero... Convéncete, mujer, de que ese D. Francisco no puede ser Rey de España. Averiguado está que reconoció secretamente los derechos de D. Carlos á la Corona de España, por pura superstición, que es lo más grave... Ello fué obra de un clérigo llamado el Padre Fulgencio y de una monja medio santa, cuyo



nombre se me ha olvidado, los cuales poseían el don de hacerse invisibles, y de pasar de este mundo á los otros, en lenguaje de religión Inferno y Purgatorio...

—Calla, calla, Bruno, y no tomes en tu boca tales disparates... *Vete* ahí lo que habláis en los cafés, en vuestras tertulias de bigardones holgazanes.

—Aguarda, mujer. Lo que te cuento es para que sepas por qué *teocracia* vino D. Francisco á reconocer los derechos de su tío... Pues la monja y el fraile, cuando no tenían gran cosa que hacer en este mundo, se ponían en éxtasis, y extasiaditos se iban de paseo al Purgatorio, donde echaban un párrafo con la Infanta Carlota, y ésta les decía: «Hacedme el favor de veros con mis queridos hijos, y advertidles que reconozcan á mi cuñado Carlos Isidro como legítimo Rey de España, pues si así no lo hicieren no saldré nunca de estas llamas. Ordenado está que mientras no se dé al buen Rey la reparación debida, no acabaré de purgar mi grandísimo pecado de La Granja, cuando le aticó la bofetada al Ministro y deshice la trama salvadora por la cual mi cuñado Fernando, moribundo, determinó que no reinasen las hembras. Llevadles, por amor de Dios, esta súplica de su madre, que si escapó del Inferno por el

arrepentimiento que tuvo en sus últimos instantes de vida, no acabará de purificarse mientras su descendencia no restablezca la verdad y el derecho en la Real Familia.»

—¡Jesús! da miedo eso, aunque bien sabe una que es un cuento ridículo.

—Volvían al mundo los viajeros, fraile y monjita, se *desextasiaban*, que era como limpiarse el polvo del camino, y presentándose al punto á los dos Infantes, les comunicaban la embajada que de su mamá traían. La miga del cuento es que D. Francisco daba crédito á la historia, y el D. Enrique no... Ahí tienes la diferencia: el uno, como dice Centurión, es un cerebro fácilmente accesible á las paparruchas *teocráticas*; el otro, como dice Milagro, es un caletre robusto, educado en lo que llaman el *Enciclopedismo*... Sean ó no verdad estas públicas referencias, existan ó no ese fraile y esa monja que con sortilegios vanos quieren embaucar á nuestros príncipes, ello es que la corriente de *maquiavelismo* milagrero es un hecho, querida Leandra, y que se ha trabajado y se trabaja por poner en el Trono á Montemolín... Probadlo está que D. Francisco se cartea con su primo, y que anda muy alborotadillo de la conciencia, creyendo que Doña Isabel II usurpa el Trono, y que Dios desatará sobre el



país todas las calamidades mientras no se dé á cada uno lo suyo y no reine quien debe reinar. Con que ya ves si puede ser marido de Isabel un joven que tal piensa, aunque adornado esté, como dices, de tantas virtudes y sea tan piadoso... También te digo que mejor le sienta á un Rey el coraje que la devoción, y que eso de pasarse las horas adorando á la Virgen del Olvido, será muy bueno para ganar el cielo; pero á mí no me des reyes de esta condición santurrón, porque los reyes, hija, aun siendo maridos ó consortes, han de ser capitanes generales y han de mandar tropas, y figurar como ejemplo de valentía y de calzones muy apretados... Pues esto es nuestro D. Enrique, al cual verás en su bergantín *Manzanares*, hecho un marino intrépido, desafiando las olas. Además de bravo es liberal, y más se entretiene en lecturas de filósofos, como dice Milagro, que en libros de religión y de mística; y no le verás haciendo novenas, sino echando discursos muy *avanzados*, y en los puertos donde su barco fondea, le verás platicando con los hombres del Progreso y rodeado de patriotas. Este es D. Enrique, éste es nuestro candidato al Tálamo, y hemos de poder poco, ó al Tálamo ha de ir ¡ajo!, para que veamos á un hombre en el pináculo de la Nación.

No se dió por convencida Doña Leandra, y sostuvo con enérgicas razones la primacía de D. Francisco sobre su hermano, fundada en las cristianas virtudes con que agraciado le había Nuestro Señor.

## XXIV

Blasonando de conspirador que en su mano tiene la clave de secreta intriga y el hilo con el cual se mueven misteriosamente las voluntades, D. Bruno acogió con incredulidad risueña lo que su mujer había dicho del amor de Isabel, y lo contradijo con suficiencia y seguridad. «¡A buena parte vienes tú con esas historias que le cuentan á tu amiga los cocineros y lacayos, mujer! ¡Si acá todo lo sabemos, y en nuestro poder obra un tesoro de informaciones del origen más alto, del propio cosechero como quien dice! No hay tal amor de la Reina por el D. Francisco. ¡Buena es la niña para no saber distinguir entre sus primos! Sabrás que más de cuatro veces ha mostrado Isabelita su querer al D. Enrique, dando en ello una prueba concluyente, como dice Milagro, de su mucha discreción y agudeza. Perfectamente enterada de todos los pueblos de la costa donde va to-



cando el bergantín *Manzanares*, que, entre paréntesis, es un barco que navega por la mar adelante, movido del viento que sopla en las velas... pára que te vayas enterando... pues informada la augusta señorita de todos los parajes en que fondea el bergantín... y el fondeo se hace, para que te enteres, echando á lo hondo del mar un gancho de hierro que llaman ancla, con el cual se agarra, etcétera... pues, como te digo, sabiendo la Reina que esta semana toca en Barcelona, y la otra en la Coruña... que son puertos en fila unos después de otros en la misma mar... le manda á su primo un mensajero con regalitos y cartas, todo ello á escondidas de su madre, y en las cartas le dice que le espera, que no desmaye, que sí... y pon tú luego todas las etcéteras que quieras.

—Dime tú cómo y por qué cabo sabes esas cosas, Bruno, y veré yo si debo ó no debo creerlas.

—No es un cabo solo; muchos cabitos vienen á las manos de los que andamos en este negocio, mujer. Para no cansarte, te diré que toda la gente liberal que bulle por aquí desperdigada está en el ajo; que nuestros emigrados trabajan con las cortes europeas, mientras los de acá vamos formándo la opinión y dando cada día más fuerza, como dice Milagro, al partido

enriquista. Cierto que María Cristina cerdea; pero ya se quitará los moños la señora napolitana cuando vea que la popularidad de D. Enrique se lleva de calle á las intrigas de Palacio; cuando la Reina, que mira con simpatía nuestro juego, alce el gallo y se pronuncie, y diga: «alto ahí»; que lo dirá, pierde cuidado... motivos tenemos para creerlo.

—Verás tú todo eso, Bruno, gran bestia, cuando vuelen los bueyes y se afeiten las ranas. Estás alucinado, emborrachado con las conversaciones que tenéis en el café. Entiendo yo que los cafés son las parroquias del embuste, y que la catedral del mentir es el Casino, esa taberna fina y de señores á donde tú vas á perder el tiempo y á llenarte de sinrazones. ¿Qué sabes ni qué saben esos *casineros* de nada tocante á Real Familia, ó á príncipes y princesas; qué saben del manejo que traen entre sí de Corte en Corte, este Palacio con el de las Dos ó las Tres Sicilias, la España con la Francia de *Tullirías*, y con la misma Inglaterra, que es toda de herejes, con perdón, ó con el Papa Santo nuestro Pontífice, cabeza de todos los coronados?

—En el Casino—replicó D. Bruno dándose las de muy pillo, entendedor de toda la miseria humana,—sabemos que la muerte repentina de



la Infanta Carlota, á quien vimos paseando á caballo por la Casa de Campo dos días antes de su fallecimiento, no tiene explicación.

—Quita allá, mastuerzo... ¿Qué quieres decir, que la pobre Infanta no se murió de muerte natural?

—Me guardaré muy bien—replicó D. Bruno con ínfulas de rectitud,—de acusar á nadie, no teniendo, como dice Milagro, pruebas que conviertan nuestra sospecha en certidumbre. No hago más que señalar el hecho, como dice Centurión, de que la Infanta Carlota era una Princesa liberal, muy liberal.

—Quita, quita, harto de ajos.

—Y que por ser liberal, protectora del Progreso, y por haberse declarado enemiga de esos malditos Muñoces, la tomó su hermana entre ojos, y la echó de aquí poco menos que á patadas, olvidando que si no es por Doña Carlota y su célebre bofetón, la Corona habría pasado á D. Carlos. Motivos tenemos para creer en el liberalismo de aquella señora, y estamos bien persuadidos de que en el Purgatorio, donde ahora está, sigue siendo liberal, y que no tienen sentido común las embajadas que de ella traen frailes y monjas al volver de los abismos infernales ó purgatoriales. Si algún recado le venía esa señora á sus hijos, será recomendándoles

les que no hagan ascos al Progreso, y que sean principes ilustrados, filósofos, y se penetren bien, como dice Milagro, del *espíritu del siglo*.

—Al diablo tus espíritus, Bruno... ¿Crees tú que esos señores se cuidan del siglo, ni de otro espíritu que el Espíritu Santo, el único que á ellos les ilumina?

—Déjame seguir. Sabemos también que si liberal fué Doña Luisa Carlota, no lo fué menos su augusto marido el Infante D. Francisco de Paula, el cual, por lo callado y circunspecto, parece menos agudo de lo que es. Yo siempre le tuve por hombre de mucho asiento, y buena prueba de ello dió á toda la Europa cuando felicitó á nuestro D. Baldomero por su elevación á la Regencia... Pues los amigos de Madrid me han contado que en los tiempos en que regentaba la napolitana, D. Francisco honró con su presencia las reuniones masónicas, queriendo de este modo mostrar su gusto del filosofismo, y le pusieron de mote *Dracón*, por ser costumbre antigua en las logias llamar á las personas con nombres que no fueran de santos... De aquí vino que la Corte se alborotara; pero aquello no pasó adelante, porque Su Alteza, hombre de gran prudencia, no quiso traer más turbaciones al Reino. Lo evidente es que las ideas avanzadas del de Paula las ha heredado su hijo



D. Enrique, el cual nos parece muy digno de ser esposo de nuestra Reina, y por tanto, el primer hombre de la Nación.

—Bueno, hijo, bueno: allá te las hayas con tu candidato y tus conspiraciones—dijo Doña Leandra, fatigada ya del largo coloquio, que no terminaba ni terminar podía con una concordancia de los opuestos pareceres.—Lo que saco en limpio de todo esto, es que Dios, por las faltas vuestras y por los enredos de estos príncipes, en vez de castigarlos á ellos y á vosotros, arroja todos los castigos sobre mí, que soy una pobre rústica y en nada me meto. Resulta que porque tú manipulas en el casorio de Enrique, yo no puedo irme á mi querida Mancha, y aquí he de vivir consumiéndome, agotándome como una planta con las raíces fuera de la tierra. ¡He resistido, Señor, he tragado mis amarguras, he agotado toda la fuerza de mi resignación, y ya no puedo más, ya no más, Dios mío, Virgen Santa de Calatrava!...

Terminó la señora con entrecortadas sílabas y un llorar infantil, tapándose la cara con las flaquísimas manos. Trató de consolarla el esposo, asegurándole que si se difería el viaje por razones de peso, no se renunciaba á la dicha de realizarlo. Lo harían pronto en condiciones de completa felicidad, resueltos, si no

todos, los más importantes problemas que afectaban á la familia. No debía Leandra entregarse á la desesperación por una tardanza inevitable, de fuerza mayor, sino *mecerse*, como decía Milagro, en dulces esperanzas, pues no estaba lejos el día en que hijos y padres tuvieran motivos para dar gracias á Dios por la felicidad que les deparaba. Dicho esto, retiróse D. Bruno dejando á su cara mitad sumida en lúgubre congoja, y á darle consuelo acudió Lea, poniendo en ello todo su cariño y los recursos de su galana fantasía. Secando sus lágrimas y respirando con menos opresión, señal de alivio de su duelo, la infeliz señora decía: «Es el Destino, hija, ó hablando con cristiandad, es Dios, que no quiere que veamos á nuestra tierra, sin duda porque no nos conviene. Conformémonos con la divina voluntad, y pidámosle que lo que no es hoy, pueda ser mañana. ¡Mañana! ¡Ay, tú eres joven y puedes esperar... El esperar de los viejos, el mañana de los viejos, suele ser el día negro... la muerte.»

Aunque no acababa de persuadirse Lea de que era verdad lo de la conjura por D. Enrique, sino más bien pantalla política que su padre usaba para que no le descubriesen los verdaderos móviles de su pereza, no pasaba día sin que tratase de vencer, ya con razonamientos, ya con



carantoñas, la obstinación del buen manchego. Una tarde, viéndole venir sofocado á deshora, entrar en su cuarto y salir al punto llevándose bajo el brazo un rimerero de papeles, extrañó tal conducta, contraria á sus hábitos metódicos y á la parsimoniosa lentitud de sus movimientos y andares. ¿Qué ocurría? ¿Qué significaban aquellas prisas, y aquel entrecejo y el hablar brusco, esquivando explicaciones y respuestas? ¿Andaría efectivamente en los malos pasos de una conspiración?... Grande fué el susto de toda la familia aquella noche cuando transcurrió la hora de la cena, y una hora más, sin que D. Bruno pareciese... ¡Y avanzando seguía la noche ¡Jesús! sin verle entrar!... Puntualísimo era el buen señor á las horas de comida y cena, y su tardanza no podía ser motivada más que por un suceso grave. Al fin, cerca de las doce llegó un hombre de mala traza con el recado de que no se molestase la familia en esperar al Sr. de Carrasco, porque no vendría en toda la noche: ocupaciones de mucha importancia le retenían en casa de unos amigos. Recomendaba, todo ello por la boca y representación de aquel malcarado sujeto, que no se asustasen las señoras, pues no tenía el menor daño en su persona y preciosa salud... No quiso decir más el maldito por más que las tres

mujeres, echándole la zarpa, trataron de hacerle explicar el por qué de tal ausencia y el lugar dónde D. Bruno se hallaba; mas ni los clamores de las hembras, ni los pellizcos y empujones con que acentuaban su enojo movieron al emisario á mayor claridad, y se fué presuroso, dejándolas en la mejor disposición para pasar toda la noche de claro en claro. No quiso Doña Leandra que su hijo mayor saliese á ver si había barricadas, ó si andaban por algún barrio tropas en estado de sedición, y aguardaron ansiosas el día. Ningún vecino de la casa tenía conocimiento de que se hubiese alterado el orden en la capital de las Españas, y el que más hablaba de rumores; pero como éstos eran el pan cotidiano, no dieron valor á los dichos de la gente. Hablar de trastornos presentes ó futuros era en aquellos tiempos tan elemental y sencillo como dar los buenos días ó las buenas noches.

Por fin sacó de sus crueles dudas á la señora y señoritas manchegas Rafaela del Milagro, que sabedora de su intranquilidad, en la casa se personó muy temprano. «No se asusten—les dijo,—que en Madrid no hay nada. En donde ha estallado una revolución gorda, de las más gordas, es en Galicia.

—¡Pero, hija, también los gallegos!...—ex-



clamó la de Carrasco, que se aliviaba de su ansiedad viendo tan lejos la marimorena.— Pero dime, hija: ¿no se correrá para acá?

—Aquí, según parece, lo tenían dispuesto para estos días: batallones comprometidos, generales en el ajo... pero ya se considera la revolución abortada.

—Y el mal parto—dijo Doña Leandra,—se debe á que unos faltaron por miedo y otros por desconfianza. ¡Es lo de siempre! ¿Y mi pobre marido es de los abortados ó de los abortadores?... El Señor le ilumine para que vea la infamia y la necesidad de estos preñados...

—Pues la que han armado en Galicia—dijo melancólica Rafaela, que siempre perdía el color y la vivacidad cuando hablaba de pronunciamientos,—es espantosa, según los despachos que han venido de allá esta noche. Y comprenderán ustedes que la cosa trae malicia cuando sepan el grito... ¡Si parecen locos! Oigan el grito y échense á temblar: «¡Abajo la napolitana! ¡Viva la Reina libre! ¡Muera la camarilla! ¡Fuera extranjeros! ¡Libertad, Constitución, Milicia Nacional, y D. Enrique marido de la Reina!»

No se aterraron gran cosa las manchegas con el grito de Galicia, porque en él vieron las ideas que D. Bruno sustentaba en sus conver-

saciones. Hartas estaban de oír en casa el tal programa, que era por lo visto, según la feliz expresión de Milagro, el *verbo del Progreso*.

## XXV

Claramente vieron ya Lea y su madre que resultaba cierta la conjura, y que el buen señor estaba metido hasta el cuello en aquel enjuague revolucionario. Por Rafaela y por Genarra, así como por la cariñosa amistad del Sr. de Socobio, sabían á diario todos los incidentes de la sublevación gallega, y del punto que más les interesaba les dió noticias tranquilizadoras el mismo D. Serafin. Carrasco no había ido á Galicia, como al principio se temió: en Madrid permanecía, y en lugar tan seguro que bien podía la familia desechar toda inquietud. Por el lenguaje y la sonrisa de Socobio al expresar estas seguridades, comprendieron las manchegas que en la propia casa del tal se guarecía el conspirador *abortado*, y Doña Leandra daba gracias á Dios por tan notorio beneficio, pensando que obran cuerdateamente los políticos que antes de conspirar se proveen de buenas amistades en uno y otro partido. Así son más